

Pasaron un año juntos, que probablemente había sido el más feliz de su vida, y después de él se separaron con el dolor que es natural, contando no volverse á ver.

No es creíble el afecto del Rey á su hermana, ni las demostraciones de cariño, y aun de galantería, con que éste quería demostrársela, dándole siempre el brazo y tratándola como si fuera su enamorada. Estas atenciones cariñosas ofrecían un contraste singular entre la buena voluntad y la falta de uso que el Rey tenía de semejantes obsequios y lo poco que á ellos se prestaba la edad y el traje regular de S. M.

Llegó la Reina de vuelta á Villaviciosa el día 20 de Noviembre de 78, y tuve la honra de recibirla y hacerle allí mi corte, hallándome en Lisboa en calidad de Embajador desde el 17 de Octubre de aquel año. Restituída S. M. á Lisboa, empezó á decaer su salud, y falleció en el mes de Enero de 1781.



CAPÍTULO IV

*Que comprende desde la guerra, empezada en 79,
hasta la paz, concluída en 1783.*

Aquí llegamos á una época de la vida del Rey Carlos cuyas resultas han tenido y tendrán una grande influencia en la futura suerte de los Imperios y del género humano. Quiero hablar de la guerra última de América, de que resultó la independenciam de las colonias inglesas, reconocidas hoy bajo el nombre de Estados Unidos de América.

La descubierta del Nuevo Mundo produjo desde su principio una alteración total en el comercio, política, y aun me atrevo á decir en la religión del antiguo. El vasto campo que ofrecía á su industria aquel nuevo hemisferio, aumentó y extendió por todas partes el espíritu de comercio, y el deseo y la necesidad de aumentar

las manufacturas, alteró los precios con la abundancia del dinero.

Esta novedad dió consideración y existencia en la Europa á algunas potencias que hasta entonces no habían casi figurado en ella, y cambiando así su sistema general, ha llegado el comercio á tener tanta influencia en la política, que desde entonces, estableciendo ya un cierto equilibrio entre los dominios de Europa, y disminuído en ella por su civilización el espíritu de guerra y conquistas y los objetos de ellas, ha sido y será el móvil de la mayor parte de sus guerras.

Por otra parte, los conocimientos adquiridos con esta descubierta y las sucesivas á ella han dado motivo á que los filósofos, que, abusando de este respetable nombre, no se conforman á poner límites á su imaginación en el asunto sagrado de la religión, calculen, combinen, hablen y escriban en términos capaces de seducir y de debilitarla, y aun destruirla en los que no están bien imbuídos y convencidos de la verdad de los principios divinos en que se funda.

Esta influencia ha sido indirecta hasta ahora, mientras aquellos vastos dominios han podido maravillosamente contenerse á una distancia tan grande en los términos de meras colonias sujetas á las potencias europeas; que, verificada en aquellas una igual industria y población

que en éstas, les serían muy superiores en fuerzas. Pero en el día en que han empezado á erigirse allí Estados libres, independientes de Europa, con un terreno indefinido para poder extender su población por medio de propietarios industriosos, con unas leyes fundadas, no en el antiguo Derecho romano, en que se reconocía la esclavitud, sino en los principios más humanos, en que, desconocida aquélla, se peca en el extremo contrario, es más que probable sea directa y eficaz la influencia de este Nuevo Mundo en el sistema gubernativo del antiguo.

De resultas de las últimas guerras intestinas de Inglaterra del siglo pasado, pasaron á establecerse y poblar aquellas colonias de América varias familias que quedaron descontentas después de ellas. El mayor número de éstas eran de presbiterianos, enemigos de la Monarquía y de toda jerarquía eclesiástica y secular, á quienes parecía una sujeción y esclavitud aun el mismo Gobierno y religión anglicana, mirado hasta ahora en Europa como el modelo de la libertad.

Era casi imposible que unas colonias fundadas por personas imbuídas en estos principios, pudiesen con ellos permanecer á aquella distancia sujetos voluntariamente á un Gobierno que se decía libre y que profesaba los principios de libertad. Esta dependencia sólo podía durar mientras su industria y su comercio no consoli-

dase su existencia, ó mientras estas colonias no se considerasen como tales, teniendo un Parlamento particular, como el de Irlanda, ó enviando al de Inglaterra diputados, en los mismos términos que lo hacen la Escocia y las provincias y ciudades de la Inglaterra.

Sería un delirio en un padre pretender gobernar de un mismo modo á sus hijos cuando, llegados al estado de virilidad y robustez, salen de su menor edad, que cuando estaban en los principios de ella. Para esto es preciso tener hijos insensibles é impotentes, y, cuando no, es indispensable que el padre les diese todo lo necesario, ó que, asociándolos al gobierno de su casa, conviniese cada uno en lo que le era preciso, con conocimiento de los bienes de ella. Esta comparación demuestra claramente que la independencia de las colonias inglesas de América tenía en su mismo origen y en el Gobierno que, contra su sistema de libertad, quería dominarlas, el principio irresistible de la separación é independencia, que tarde ó temprano debía verificarse. Por otra parte, hace ver, á pesar de lo que pretenden los que no combinan las situaciones y antecedentes, que la América española no debe seguir el ejemplo de la inglesa, pues siendo enteramente distinto su origen, su Gobierno y su sistema, no deben ser sus resultados las mismas sin que todo eso mude. Adquirida su posesión,

juste vel injuste, por la fuerza de las armas; establecidas bajo reglas (buenas ó malas, sobre lo cual hay mucho que decir, que tampoco es aquí del caso), las cuales, cortando los vuelos á su industria, las hace enteramente dependientes de la España, y aun, si bien se mira, de la Europa entera, que tiene interés en que lo sea; gobernada por una Monarquía é imbuída en los principios de ella; dirigida en lo general por españoles, que ocupan los primeros empleos y que tienen en España su origen, familia é intereses; conformes en un mismo sistema de religión, igual al de la Monarquía de que dependen, todos estos principios fundamentales de las posesiones españolas de América, digo, son unos obstáculos reales é inherentes de la situación de nuestras colonias, que, aunque no sean invencibles, son unas bases enteramente opuestas á las que causaron y debieron necesariamente causar la independencia de las colonias de América.

Me dirán, sin duda, que el tiempo puede vencer estos obstáculos. No lo niego, y la humanidad en general nada perdería en ello, despojada (si es posible) de la política. Pero el genio indolente de los naturales del país es un obstáculo casi invencible que impide los progresos de su industria y de sus luces, sin lo cual no puede absolutamente verificarse lo que se pretende, y

así, aun cuando suceda, es probable pasen muchos años antes de que se verifique.

Los ingleses, más ambiciosos que prudentes y precavidos, habían dejado tomar demasiado cuerpo á sus colonias, sin limitar medio alguno para ponerlas en un estado de poder, no reflexionando en sus resultas. Había llegado éste á tal punto, que puede decirse debió la Inglaterra á los socorros que le suministraron durante la guerra de 57 las gloriosas conquistas de la Isla Real, Terranova, Canadá, la Martinica, la Habana, la Granada, las Caraibes, la Guadalupe y las Floridas, que fueron sus conquistas en la América en aquella guerra hasta la paz de 63. Suministraron en ella los americanos á la Inglaterra 25.000 hombres de tropas, y mantuvieron 800 corsarios, para los cuales y el servicio de la marina inglesa tenían 30.000 marineros.

Aunque los ingleses se aprovecharon gustosos en aquella ocasión del poder de las colonias, conocieron con todo podría serles ya dañoso si éste aumentaba á proporción en lo sucesivo. Ensoberbecida, pues, la Inglaterra con la gloriosa paz que le proporcionaron sus victorias, pensó le era preciso cortar los vuelos á sus colonias, y servirse de ellas para ayudarla también á pagar la inmensa deuda de 500.000 libras esterlinas con que se hallaba al tiempo de la paz, y aunque á los principios no cesaban de alabar

las el Rey y el Parlamento, y aun de suministrarles medios para la extinción de su deuda, mudó después de sistema.

Tenía cada colonia una *Charte* ó reglamento particular para su gobierno, por la cual gozaban de varios privilegios y exenciones, concedidas para fomentarlas en los principios. Según ellas, la gran Bretaña sólo podía exigir dones gratuitos, que repartían entre sí según les parecía. El Lord Granville quiso, en virtud de un decreto de 4 de Abril de 64, arreglar un establecimiento de imposiciones, para aumentar por este medio las rentas de la Inglaterra y disminuir al mismo tiempo á las colonias los medios de acrecentar su poder. No dejó de tener esta idea partidarios en Inglaterra, cuyos propietarios creyeron disminuirían sus actuales cargas en lo sucesivo partiéndolas con los americanos. Por otra parte, los negociantes veían también con gusto se contuviesen los progresos del comercio de América, que poco á poco hubiera podido hacerse independiente del suyo.

Estaban cercados los americanos hasta la paz de 63, al Norte, por los franceses, establecidos en el Canadá; al Mediodía, por los españoles, dueños de las Floridas, y al Poniente, por los indios, y así miraban como necesaria la protección de los ingleses contra aquellos vecinos poderosos. Pero libres de ellos después de la paz

de 63, por medio de la cesión de la Florida y del Canadá, se vieron ya mano á mano con los ingleses. Consideraron que los españoles y franceses, sus antiguos vecinos, que miraban antes como enemigos, podrían ahora transformarse en sus aliados para ayudarles á disminuir el gran poder que habían adquirido los ingleses en la América, y que estas potencias no podrían ver con indiferencia. Así lo anunció M. Vaudreuil, Gobernador del Canadá, en el año de 1760, en que se vió forzado á rendirse á los ingleses. Cuando escribió al Ministerio la pérdida de aquella provincia, añadió podría ser ésta en lo sucesivo de mayor utilidad que desventaja á la Francia, porque de ella resultaría sin duda á los ingleses, si la conservaban, la pérdida de sus poderosas colonias de América, cuya opulencia les daba tantas ventajas en las guerras de América sobre todas las demás potencias que tenían allá posesiones. Siendo el estado de estas últimas enteramente pasivo (digámoslo así) en cuanto á lo militar, pues sólo tienen lo muy preciso para su defensa regular en sus posesiones ultramarinas, debiéndoles venir de Europa los socorros extraordinarios para ella, las colonias inglesas son mucho más difíciles de atacar, por estar situadas en el continente, teniendo en sí una fuerza activa capaz no sólo de defenderse, sino de dar á los ingleses los socorros que hemos vis-

to les facilitaban por este medio una superioridad incalculable sobre las demás potencias, obligadas á traer desde Europa todas sus fuerzas militares. Con todo, si los ingleses, aun después de haberse dejado cegar por la ambición al tiempo del engrandecimiento de sus colonias, no hubieran procedido en los términos que lo hicieron cuando éstas se hallaban ya poderosas, y libres de las potencias extranjeras que las rodeaban, es probable hubieran podido aún conservarlas, á lo menos por algún tiempo, acabando por partir con ellos las nuevas adquisiciones que podían ir haciendo juntos en el seno mejicano y en el continente de la América y sus islas sobre los actuales dueños de aquellas apetecibles y vastas posesiones, que, tarde ó temprano, serán las víctimas precisas de esta alteración política.

Pero no fué así: los ingleses se dejaron llevar de un espíritu monárquico, y quisieron dirigir por él aquellas provincias, tan distantes de la Inglaterra, como de poder aceptar semejantes principios con el espíritu exageradamente republicano que hemos visto reinó en ellas desde su primer origen.

Conocieron, pues, las colonias su fuerza y su nueva situación política, y viéndose ya con tres millones de habitantes, animados todos del mismo espíritu de independencia, creyeron poder

resistir á aquella distancia, con las dificultades que hay para internar en el país á unos republicanos que menospreciaron y aborrecieron en aquel momento, porque conocieron claramente querían la libertad sólo para sí y la esclavitud para sus hermanos.

Despreciando, pues, el decreto sobre las nuevas imposiciones, de 4 de Abril de 64, de que queda hecha mención arriba, y el posterior de 22 de Febrero de 65, en que se establecía el papel sellado, hubo un alboroto muy violento en Boston en el mes de Agosto de aquel mismo año, y de resultas de él resolvieron unánimemente no volver á recibir mercancía alguna inglesa de las que tenían nuevos derechos, y negaron la obediencia á los expresados decretos, al del té y al establecimiento de las Aduanas que intentaron ponerse en virtud de decreto de 29 de Junio de 67.

Continuaba siempre, no obstante esto, el Gobierno inglés en querer tratar desde Europa á sus colonias como si (con menos fuerza) se hubieran hallado situadas entre la Irlanda y la Escocia, en la posición de la isla de Man. Daba, pues, sus instrucciones, consiguientes á este falso sistema, á todos sus Gobernadores militares, que, con pretexto de proveer á la propia seguridad de las colonias, y de enviar fuerzas al Canadá y á las dos Floridas, hacían venir tropas é

ingenieros, que alojaban en las casas de los habitantes, que lo repugnaban, como no acostumbrados á ello.

El espíritu de partido y de discordia, que cada día hacía nuevos y mayores progresos entre los dos bandos royalista y americano, producía un disgusto y enemistad, de que difícilmente podían dejar de resentirse las providencias judiciales y aun gubernativas, concurriendo por este medio ellas mismas á exasperar los ánimos.

Convencidos, pues, los americanos de que la Inglaterra estaba enteramente resuelta á sujetarlos á toda costa, dominándoles como Soberana, tomaron finalmente su partido.

Preparados los espíritus á la independencia, y tomadas para ella las medidas convenientes en los Congresos y juntas particulares, y formados por los sucesos acaecidos desde el año de 64 al de 74, se juntó en éste por la primera vez en Filadelfia el Congreso general de los doce Estados unidos, que habían enviado á él sus diputados. Fué su presidente Pleyton Randolph, que, en señal de confederación é igualdad, partió en partes iguales con los diputados de las doce provincias una corona cívica.

Había venido á América el General Gage con algunas fuerzas, y tomado el mando de las americanas el General Lee, que con sus tropas se

apoderó el 14 de Diciembre del puerto de Portsmouth, que tomó por asalto.

Constante siempre en su sistema, declaró el Rey rebeldes á los bostonienses, y se abrió la primera campaña formal entre los ingleses y los anglo-americanos el año siguiente de 75.

Pusieron en campaña este año los americanos 25.000 hombres, destinando otro cuerpo escogido de 4.000 para la guardia del Congreso, establecido en Filadelfia. Nombraron por Generalísimo de todas sus fuerzas al famoso Washington, y los ingleses enviaron á los generales Howe, Bourgoyne y otros.

Tomaron los americanos en aquella campaña á Ticonderoga. Rechazaron en 16 de Junio al General inglés Howe en Bunkershill, y los vencieron en otros parajes, sin que bastase para intimidarlos las quemas de Lexington, la de Norfolk y otras varias que hicieron los ingleses en aquella campaña.

Habían reunido para la siguiente fuerzas sumamente considerables, y nunca vistas en aquellas remotas regiones, en las cuales toda empresa de esta especie sólo puede ser momentánea, por su mucho coste, y por la dificultad de reemplazar las pérdidas desde Europa. Debe, pues, considerarse como uno de aquellos esfuerzos que se exigen en la naturaleza en una fuerte enfermedad, por medio de uno de aquellos reme-

dios violentos que se dan á muerte ó á vida. Así lo calcularon sin duda desde luego los ingleses, conociendo que una guerra larga en aquella distancia hubiera sido imposible de sostener, y tendría consecuencias peores que la misma pérdida de las colonias, y, por consiguiente, pusieron todas sus esperanzas en un golpe fuerte, capaz de producir una decisión pronta. Lo mucho que costó á la España la pérdida de los Países Bajos y la del Portugal por una obstinación mal calculada, aun hallándose en el continente de Europa, era una lección que no debía olvidar una nación tan calculadora como la inglesa.

Tenían, pues, en América los ingleses, al principio de la campaña de 76, 31.000 hombres de tropas nacionales, 18 (*sic*) alemanas, 2.000 de tropa de marina, nueve compañías de artillería, 13 navíos de línea, 27 fragatas y 242 bastimentos menores, necesarios para obrar en lo interior de los ríos. Los americanos contaban 428.000 hombres de milicias, más robustos y acostumbrados á las fatigas y clima del país que disciplinados militarmente; pero resueltos, y unidos en un mismo espíritu y voluntad.

No se hallaban los americanos con fuerzas marítimas capaces de presentarse á los ingleses, y por lo mismo, el plan que se formó el General Washington fué retirarse de la costa, evitar las acciones generales, y hacer una guerra de

puestos, para ir acostumbrando en ella á su tropa al fuego y disciplina militar, de que carecían.

El General Arnould, americano, entró en el Canadá, y, aunque se mantuvo en él algún tiempo, tuvo al fin que retirarse. Los ingleses fueron rechazados en este año de Charlestown, y ganaron la batalla de Saratoga, en que fué rechazado y hecho prisionero el cuerpo numeroso del General Bourgoyne.

Hubo en este año otras varias acciones particulares, que, igualmente que las de los dos años siguientes de 77 y 78, pueden verse detalladas en el libro intitulado *Essais historiques et politiques sur les anglo-americains*, por Mr. D'Auberteuil, impreso en Bruselas en 1782, y en *L'Histoire impartiale des évènements militaires et politiques de la dernière guerre*, impreso en París en 1785.

A vista de los sucesos de esta campaña de 76, creyeron los americanos deber declarar formalmente su independencia total de la Inglaterra, y lo ejecutaron el día 4 de Julio.

Pasó á América en este año de 76 el Marqués de la Fayeta, señor francés que, aunque de edad de veinte años, tenía una imaginación exaltada, valor, serenidad de espíritu y una ambición desmesurada, dirigida siempre únicamente á su fin, sin detenerse en los medios de conseguirle.

La Corte de Francia, que veía con gusto las

discordias de América, y deseaba, con poca previsión, contribuir secretamente á su independencia, hacía imprimir y correr indiscretamente en Francia, y sobre todo en París, varios impresos para excitar los ánimos á favor de la causa de los americanos y prepararlos para que se empeñasen con gusto en ella si lo exigían las circunstancias. No había tocador ni chimenea en que no se viesen brochuras relativas á la libertad americana, y el *Labourneur de Pensilvanie* y *Les Mémoires* de Beaumarchais, y otros semejantes, eran el objeto de la lectura y de las conversaciones de todas las damas y personas de la sociedad, que, entusiasmadas, según costumbre, de estas nuevas ideas, por ser las de moda, deseaban y se figuraban cada uno estar al lado del General Washington para defender su ofendida libertad y la de sus compatriotas. En el año de 75, en que yo estuve por la segunda vez en París, no se podía salir de casa ni presentarse en ninguna parte, sin haber leído antes salteados unos cuantos párrafos de estas dos obras, para poder entrar en la conversación. De este modo, trayéndola con maña á lo que se había leído, oyendo de los otros lo que ellos habían hojeado, y dando á entender con una risa oportuna se sabía lo que no se había visto, se hacía un gran papel y se pasaba por un hombre instruído y enterado de todos los asuntos. Por desgracia, este méto-

do, demasiado común en París en todas las materias, da y mantiene el crédito de instrucción y talento á muchas personas que no le merecen, porque todo su arte consiste en citar la instrucción y noticias de los otros, y en saber hacer á tiempo y con gracia su retirada en el momento en que conocen va á descubrirse que no son sino superficiales.

El Marqués de la Fayeta y otros oficiales franceses, seducidos con estas ideas y con la gloria que les resultaría de ser los protectores de la libertad americana, pasaron como voluntarios á defenderla. Desaprobólos la Corte en el público, al paso que secretamente aplaudía y auxiliaba su resolución.

Un joven intrigante, pero de mucho talento y atrevido, llamado Caron de Beaumarchais, logró pasar á América con instrucciones secretas para establecer las bases de un Tratado entre la Francia y las nuevas Colonias declaradas independientes.

Era éste hijo de un relojero francés, y tenía una hermana casada en Madrid, en compañía de la cual estaba otra soltera. El establecimiento que quería proporcionar á ésta, obligó á Beaumarchais á venir á la Corte de España. Tuvo allí un lance ruidoso con otra persona también de talento, llamada D. José Clavijo, autor de un papel periódico intitulado *El Pensador*. La pene-

tración y viveza de Beaumarchais se propuso, á su regreso á París, fundar en su país, sobre el débil principio de un lance en que no salió lucido, las primeras bases del crédito que adquirió después en él y de la fortuna que le resultó.

De todo saca partido el que reflexiona y conoce el genio de las naciones y de los particulares con quienes tiene que hacer. Este estudio es sumamente necesario para vivir en el mundo. *Questo libro del mundo è grande assai; stà sempre aperto è non si legge mai*, dice el proverbio italiano, y toda la historia del mundo tiene su origen en el carácter de los hombres y en sus pasiones, que son el resultado de él.

Su genio, demasiado inquieto y ambicioso, no podía sujetarle á la carrera de su padre, ni á las cortas esperanzas que podía fundar en ella. Así lo dijo muy oportunamente en París á una señora que, queriendo bajar su orgullo en una sociedad numerosa en que se hallaba, recordándole sus principios, le dió á este fin un reloj muy rico que tenía, diciéndole delante de todos le *hiciese el gusto de ponérselo, porque estaba atrasado*. Conoció Beaumarchais su intención, y recibéndolo con gran modo, lo abrió, y, al tiempo de estarle componiendo, lo dejó caer maliciosamente en el suelo; y recogéndole con gran priesa y pesadumbre aparente, dijo á la señora: *Ah! Madame, que je suis malheureux! Mes parents m'ont toujours bien*